

CONTINUACIÓN DE *EL OSO Y EL RUISEÑOR*

LA CHICA EN LA TORRE

KATHERINE ARDEN

Traducción de
Maia Figueroa

 NOCTURNA
EDICIONES

KATHERINE ARDEN

LA CHICA
EN LA
TORRE

Traducción del inglés
Maia Figueroa

 NOCTURNA
EDICIONES

Título original: *The Girl in the Tower*

Copyright © 2018 by Katherine Arden

All rights reserved including the rights of reproduction in whole or in part in any form

© de la traducción: Maia Figueroa, 2022

© de los detalles y las guardas: KittyVector, antuanetto (Shutterstock)

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.com

www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: abril de 2022

ISBN: 978-84-18440-51-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*A mi padre y a Beth,
con amor y gratitud*

*La tormenta enturbia el cielo,
levanta remolinos de nieve.
Aúlla como una bestia,
llora como un niño.
Sacude, de pronto, el brezo
del tejado destartalado.
Como un viajero golpetea,
tarde, en la ventana.*

A. S. PUSHKIN

LA CHICA EN LA TORRE

PRÓLOGO

Era noche cerrada y una joven montaba a lomos de un caballo alazán por el bosque. El bosque no tenía nombre; estaba lejos de Moscú, lejos de todo, y el único sonido que se oía era el silencio de la nieve y la sonaja de los árboles helados.

Era casi medianoche, una hora mágica y malvada a la que amenazaban hielo y tormenta y el abismo de un cielo uniforme. Y, sin embargo, la joven y su caballo atravesaban el bosque, incansables.

El caballo tenía una capa de hielo en el pelaje fino de la quijada y la nieve se le acumulaba en los costados. Pero debajo del copete nevado su mirada era amable y movía las orejas con alegría, atrás y adelante.

Las huellas que iban dejando salían de la profundidad del bosque y la nieve nueva ya las había desdibujado.

De pronto, el caballo se detuvo y alzó la cabeza. Entre el repiqueteo de los árboles que tenían al frente había un abetal: las ramas plumosas de los abetos se entrelazaban; sus troncos, torcidos como ancianos.

La nieve cayó con más fuerza y le cuajó a la joven entre las pestañas y en el pelaje gris de la capucha. No se oía nada más que el viento.

Entonces:

—No la veo —le dijo al caballo.

El caballo ladeó una oreja y se sacudió la nieve.

—Quizá no esté en casa —comentó la joven, dubitativa.

Bajo esos abetos, la oscuridad parecía colmada de susurros que rayaban el habla.

Y como si sus palabras hubiesen sido una invocación, se abrió una puerta entre los abetos, una puerta que no había visto, y se oyó el crujido que hace el hielo al agrietarse. La luz que arrojaba el fuego tiñó la nieve virgen de sangre. Entre los abetos de pronto se alzaba una casa visible a simple vista; los aleros largos y curvos remataban las paredes de madera y, a la luz de las llamas salpicadas de nieve, la casa parecía respirar, agazapada entre los matorrales.

La silueta de un hombre apareció en el vano de la puerta. El caballo movió las orejas hacia delante y la joven tensó el cuerpo.

—Entra, Vasia —la invitó el hombre—. Hace frío.



PRIMERA PARTE



UNO

LA MUERTE DE LA DONCELLA DE NIEVE

Moscú justo después del solsticio de invierno y el humo de mil fogatas se elevaba danzando hacia un cielo asfixiante. En el oeste aún quedaba algo de luz, pero en el este se amontonaban sobre el atardecer rojizo unas nubes del color de las magulladuras, entorpecidas por la nieve que cargaban.

Dos ríos como dos brechas en la piel del bosque ruso, y Moscú situado en la intersección, en la cima de una colina cubierta de pinos. Las murallas bajas y blancas cercaban un batiburrillo de casuchas e iglesias, y las torres heladas de los palacios se alzaban hacia el cielo como los dedos de una mano desesperada. A medida que el día se apagaba, se encendían luces en las ventanas altas de las torres.

Una mujer de atuendo magnífico observaba junto a una de esas ventanas cómo se mezclaba la luz rojiza con el atardecer tormentoso. A su espalda, dos mujeres más se habían sentado a coser junto a un horno.

—Es la tercera vez en una hora que Olga se acerca a la ventana —susurró una de ellas.

Los anillos que llevaba en la mano reflejaron la luz tenue del fuego; su deslumbrante tocado hacía que los forúnculos de su nariz no llamasen tanto la atención.

Un grupo de mujeres de su séquito asentían con la cabeza a su lado como si fueran capullos de flores. Las esclavas aguardaban cerca de las frías paredes con su cabellera larga y lacia envuelta en un pañuelo.

—¡Cómo no, Darinka! —repuso la otra mujer—. Espera a su hermano, el monje temerario. ¿Cuánto ha pasado desde que el hermano Aleksandr partió hacia Sarái? Mi marido lo espera desde las primeras nieves. Y ahora la pobre Olga lo añora junto a la ventana. Espero por ella que no sea así, pero lo más probable es que el hermano Aleksandr esté muerto en un banco de nieve.

La que hablaba era Eudoxia Dmitrieva, gran princesa de Moscú. Llevaba piedras preciosas cosidas al vestido, pero sus labios de rosa ocultaban los restos carcomidos de tres dientes ennegrecidos. Hablaba con voz estridente.

—Al final te morirás si sigues exponiéndote a ese viento, Olia. Si el hermano Aleksandr fuese a venir, ya habría llegado.

—Como tú digas —respondió Olga con frialdad desde la ventana—. Me alegro de que estés aquí para enseñarme paciencia. Quizá mi hija aprenda de ti cómo se comportan las princesas.

Eudoxia apretó los labios. No tenía hijos, mientras que Olga tenía dos y esperaba un tercero para antes de la Pascua.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Darinka de pronto—. He oído un ruido. ¿Lo habéis oído?

Fuera se desataba una tormenta.

—Ha sido el viento —respondió Eudoxia—. El viento, nada más. Eres muy necia, Darinka. —Sin embargo, se estremeció—. Olga, manda traer más vino; hace frío con tanta corriente.

En realidad, en el salón de costura hacía calor: no había más ventanas que una abertura estrecha como una saetera, y la estancia se calentaba con una estufa y muchos cuerpos. No obstante:

—De acuerdo —accedió Olga.

Le inclinó la cabeza a su sirvienta y la mujer salió y bajó la escalera hacia la noche gélida.

—Odio las noches como esta —se quejó Darinka, que se arropó con las vestiduras y se rascó una costra de la nariz. Miró la vela y las sombras con nerviosismo—. Siempre viene en noches así.

—¿Quién? —preguntó Eudoxia con tono desagradable—. ¿Quién viene?

—¿Quién viene? —repitió Darinka—. No me digas que no lo sabes. —Darinka la miró con superioridad—. El fantasma de esa mujer.

Los dos hijos de Olga, que habían estado peleándose junto al horno, dejaron de chillarse. Eudoxia sorbió aire por la nariz. Olga frunció el ceño desde la ventana.

—No hay ningún fantasma —afirmó Eudoxia.

Cogió una ciruela confitada con miel, le dio un mordisco refinado, masticó y después se lamió la miel dulce de los dedos. Su tono de voz daba a entender que ese palacio no merecía la presencia de un fantasma.

—¡Pues yo la he visto! —protestó Darinka ofendida—. La última vez que dormí aquí la vi.

Las mujeres de alta alcurnia, que tenían la obligación de vivir y morir dentro de una torre, eran muy dadas a hacer visitas a otras mujeres. De vez en cuando, pasaban también la noche para tener compañía cuando sus maridos se ausentaban. El palacio de Olga (limpio, organizado, próspero) era uno de los favoritos, y más teniendo en cuenta que ella estaba embarazada de ocho meses y no salía de allí.

Al oír eso, Olga frunció el ceño; pero Darinka, ansiosa por recibir atención, se apresuró con el relato:

—Era poco después de medianoche, hace unos días. Un poco antes del solsticio de invierno. —Se echó hacia delante y el tocado se le inclinó de manera precaria—. Algo me despertó, no recuerdo qué fue. Algún ruido...

Olga emitió un sonido burlón apenas perceptible. Darinka la miró ceñuda.

—No me acuerdo —repitió—. Me desperté y todo estaba tranquilo. La luz fría de la luna se colaba entre los postigos. Creí oír algo en un rincón; una rata, quizá, escarbando —dijo, y continuó en voz más baja—: Me quedé quieta, tapada con las mantas. Pero no me dormía. Entonces oí un lloriqueo. Abrí los ojos y le di una sacudida a Nastka, que dormía a mi lado. «Nastka —le dije—. Nastka, enciende una lámpara. Alguien llora». Pero ella no se despertó.

Darinka hizo una pausa. En el salón no hablaba nadie.

—Luego —continuó— vi un pequeño resplandor. Era una luz impía, más fría que la de la luna, nada que ver con el fuego de la chimenea. El resplandor se acercaba cada vez más...

Darinka hizo otra pausa.

—Entonces la vi —terminó entre susurros.

—¿A ella? ¿A quién? ¿Qué aspecto tenía? —dijeron a coro una docena de voces.

—Era blanca como el hielo —susurró Darinka—. Tenía la boca hundida hacia dentro, los ojos como un par de fosas oscuras que podrían haberse tragado el mundo. Me miró con esa cara sin labios y yo intenté chillar, pero no pude.

Una de las que escuchaban soltó un grito; otras se cogieron las manos.

—Ya basta —le espetó Olga, que se volvió hacia ella junto a la ventana.

Sus palabras partieron en dos esa histeria medio seria, y las mujeres se sumieron en un silencio incómodo. Entonces añadió:

—Asustas a mis hijos.

Eso no era del todo cierto. La mayor, que se llamaba María, tenía la espalda erguida en su asiento y la mirada encendida. Pero el chico, Danil, se aferraba a su hermana tembloroso.

—Y desapareció —concluyó Darinka, que intentaba afectar indiferencia, pero en vano—. Recé unas oraciones y me volví a dormir.

Se acercó la copa de vino a los labios. Los niños la contemplaron.

—Es una buena historia —dijo Olga con un tono cortante en la voz—. Pero ahora ya está; contemos otras distintas.

Fue hasta su sitio junto al horno y se sentó. La luz del fuego danzaba en sus dos trenzas. Fuera, la nieve caía deprisa. Olga no volvió a mirar hacia la ventana, a pesar de que tensó los hombros cuando las esclavas cerraron los postigos.

Echaron más leña al fuego. La estancia se calentó y se llenó de un resplandor suave.

—Cuéntanos tú una, madre —pidió a voces María, la hija de Olga—. ¿Nos cuentas una de magia?

Por toda la habitación se extendió un rumor aprobador. Eudoxia la miró con rabia. Olga sonrió. A pesar de ser la princesa de Sérpujov, Olga se había criado muy lejos de Moscú, en los confines de la naturaleza deshabitada. Las extrañas historias que contaba eran las del norte, y las mujeres de alta cuna, cuyas vidas transcurrían entre la capilla y la tahona y su torre, valoraban muchísimo esa novedad.

La princesa observó a su público. Su expresión se había vaciado de cualquier pena que pudiera haber sentido cuando estaba sola de pie junto a la ventana. Las mujeres del séquito dejaron las agujas de la labor y se acurrucaron gustosas en sus cojines.

Fuera, el silbido del viento se mezclaba con la quietud de la tormenta de nieve, que es en sí misma un sonido. Abajo,

rodeadas de un remolino de voces, llevaban a las últimas cabezas de ganado a los establos para resguardarlas de la helada. Desde los callejones nevados, los mendigos pasaban con sigilo a las naves de las iglesias a rezar para seguir vivos por la mañana. Los hombres apostados sobre la muralla del kremlin se agrupaban alrededor de los braseros y se calaban la gorra hasta las orejas. Pero en la torre de la princesa, en lugar de frío, había un silencio expectante.

—En ese caso, escuchad —dijo Olga, tanteando las palabras—. En cierto principado vivían un leñador y su esposa, en un pueblo pequeño rodeado de un gran bosque. El marido se llamaba Misha, la mujer Alena, y ambos estaban muy tristes. A pesar de que se esmeraban con las oraciones y besaban los iconos y rogaban, Dios no había visto oportuno bendecirlos con una criatura. Eran tiempos difíciles y no tenían un buen hijo que los ayudase a pasar el invierno gélido.

Olga se puso la mano en el vientre. Su tercer bebé, una criatura desconocida sin nombre, le daba patadas en el útero.

—Una mañana, tras una nevada intensa, el esposo y la esposa fueron al bosque a cortar leña. Mientras cortaban y apilaban la madera, fueron amontonando la nieve y Alena, distraída, se puso a darle la forma de una doncella pálida.

—¿Era tan guapa como yo? —interrumpió María.

Eudoxia soltó un resoplido.

—Era una doncella de nieve, tonta. Toda fría y rígida y blanca. Y aun así —dijo Eudoxia mirando a la niña—, era más guapa que tú.

María se sonrojó y abrió la boca.

—Bueno —se apresuró Olga a continuar—, la chica de nieve era blanca, eso es cierto; y estaba rígida. Pero también era alta y esbelta. Tenía la boca bonita y una trenza larga, porque Alena la había esculpido con todo el amor que le habría dado a los hijos que no podía tener.

»“¿Lo ves, esposa? —le preguntó Misha mientras observaba a la pequeña doncella de nieve—. A pesar de todo, tú nos has hecho una hija. Esta es Snegurochka, la doncella de nieve”.

»Alena sonrió, pero se le llenaron los ojos de lágrimas.

»Justo entonces, una brisa gélida agitó las ramas desnudas, porque Morozko, el demonio de las heladas, estaba allí, vigilando a la pareja con su hija de nieve.

»Algunos dicen que Morozko se apiadó de la mujer. Otros, que sus lágrimas eran mágicas y que las vertió sobre la doncella cuando su marido no miraba. Sea como fuere, justo cuando Misha y Alena se disponían a regresar a su casa, el rostro de la doncella de nieve se volvió sonrosado; sus ojos, oscuros e intensos, y de pronto, en medio de la nieve había una chica, desnuda como si acabase de nacer, que sonreía a la pareja de ancianos.

»“He venido a ser vuestra hija —les dijo—. Si me aceptáis, os cuidaré como padre y madre”.

»El matrimonio la contempló primero sin dar crédito, pero después con alegría. Alena se apresuró llorosa, le cogió la fría mano a la doncella y la condujo a la isba.

»Los días transcurrían con tranquilidad. Snegurochka barría el suelo y les preparaba las comidas y les cantaba. A veces las canciones eran extrañas e inquietaban a sus padres, pero ella era amable y hábil con las tareas. Cuando sonreía, siempre parecía que lucía el sol. Misha y Alena no se creían la suerte que tenían.

»La luna creció y menguó, y llegó el solsticio de invierno. El pueblo cobró vida con los aromas y los sonidos: las campanillas de los trineos y las tortas planas y doradas.

»De vez en cuando, alguien pasaba por delante de la isba de Misha y de Alena, de camino al pueblo o al volver. La doncella de nieve los observaba escondida detrás de la pila de leña.

»Un día, una chica pasó por delante del escondrijo de Snegurochka de la mano de un chico alto. Se sonrieron, y a la doncella de nieve le desconcertó la llama de felicidad que mostraban sus rostros.

»Cuanto más lo pensaba, menos entendía y, sin embargo, Snegurochka no dejaba de pensar en esa mirada. A pesar de que antes estaba contenta, cada vez se inquietaba más. Daba vueltas por la isba y dejaba un rastro frío en la nieve, bajo los árboles.

»No faltaba mucho para la primavera el día que Snegurochka oyó una música bella en el bosque. Un joven pastor tocaba la flauta.

»Snegurochka se acercó sigilosa y el pastor la vio: una chica pálida. Cuando ella le sonrió, al joven se le salió el corazón caliente del pecho y se unió con el corazón frío de la doncella.

»Pasaron las semanas y el pastor se enamoró. La nieve se reblandeció. El cielo era de un azul claro y limpio. Pero la doncella de nieve seguía inquieta.

»“Estás hecha de nieve —le advertía Morozko, el demonio de las heladas, cuando se encontraban en el bosque—. No puedes amar y ser inmortal a la vez”. A medida que el invierno aflojaba, el demonio de las heladas se volvía cada vez más tenue, hasta que al final solo se lo veía en los tonos más oscuros de las cortezas. Los hombres pensaban que no era más que una brisa en los arbustos de acebo. “Naciste del invierno y vivirás para siempre. Pero si tocas el fuego, morirás”.

»Pero el amor del pastor había vuelto un poco desdeñosa a la doncella de nieve. “¿Por qué tengo que estar siempre fría? —replicó—. Tú eres viejo y frío, pero ahora yo soy una chica mortal; quiero aprender sobre esta cosa nueva que es el fuego”.

»“Es mejor que permanezcas a la sombra”, fue la respuesta.

»La primavera se acercaba. La gente salía de casa más a menudo para recoger plantas verdes de lugares recónditos. Una y otra vez, el pastor acudía a la isba de Snegurochka. “Ven al bosque”, le decía.

»Ella salía de entre la penumbra junto al horno para ir a bailar a la sombra de los árboles. Pero por mucho que bailase, en el fondo su corazón seguía estando frío.

»El deshielo empezó de veras; la doncella de nieve se quedó pálida y débil. Se adentró llorando en lo más oscuro del bosque. “Por favor —pidió—, quiero sentir como sienten los hombres y las mujeres. Te ruego que me concedas esto”.

»“Pídeselo a la primavera”, respondió a regañadientes el demonio de las heladas. Con los días más largos se había desvanecido casi por completo: era más brisa que voz. El viento le rozó la mejilla a la hija de la nieve con un dedo apenado.

»La primavera es como una doncella, vieja y joven para toda la eternidad. Tenía flores trenzadas en sus fuertes brazos y piernas. “Yo puedo concederte lo que buscas —le dijo la primavera—. Pero morirás seguro”.

»Snegurochka no dijo nada y se marchó a casa llorando. Durante semanas no salió de la isba, escondida entre las sombras.

»Sin embargo, el joven pastor fue a llamar a su puerta. “Por favor, mi amor —decía—, sal conmigo. Te quiero con todo mi corazón”.

»Snegurochka sabía que podía escoger vivir para siempre como una chica de nieve en una pequeña isba de campesinos. Pero... en el mundo había música. Y los ojos de su amado.

»Así que sonrió y se vistió de azul y blanco. Corrió afuera. Allí donde la tocaba el sol, las gotas de agua se deslizaban por su pelo rubio.

»Ella y el pastor fueron al borde del bosque de abedules.

»“Toca la flauta para mí”, le pidió ella.

»El agua empezó a caerle más deprisa por los brazos y las manos, por el pelo. Aunque tenía la cara pálida, mantenía la sangre y el corazón calientes. El joven tocó la flauta y Snegurochka lo amó y lloró.

»La canción terminó. El pastor fue a abrazarla, pero justo cuando él le tendía los brazos, a ella se le derretieron los pies. Se desplomó sobre la tierra húmeda y desapareció. Una neblina helada flotó al calor del cielo azul, y el chico se quedó solo.

»Cuando la doncella de la nieve desapareció, la primavera echó su manto sobre la tierra y las pequeñas florecillas empezaron a brotar. Pero el pastor esperó en la penumbra del bosque, llorando porque había perdido a su amada.

»Misha y Alena también lloraron. “Era solo magia —le dijo Misha a su esposa para consolarla—. No podía durar, estaba hecha de nieve”.

Olga hizo una pausa, y las mujeres murmuraron entre sí. Danil se había quedado dormido en brazos de su madre. María apoyaba todo el peso en sus rodillas.

—Algunos dicen que el espíritu de Snegurochka permaneció en el bosque —continuó Olga—. Que cuando

empezaron las nevadas volvió a la vida para amar a su pastor durante las largas noches.

Hizo otra pausa.

—Pero otros dicen que murió —dijo con tristeza—. Porque ese es el precio del amor.

Deberían haberse sumido en el silencio, tal como procede al final de una historia bien contada. Pero esa vez no fue así. En cuanto se apagó la voz de Olga, su hija Masha se incorporó de golpe y gritó.

—¡Mira! —exclamó—. ¡Mira, madre! Es ella, ¡está ahí! ¡Mira! ¡No! ¡No! ¡Vete!

La niña se levantó como pudo con la mirada empañada de terror.

Olga volvió la cabeza de golpe hacia el lugar que contemplaba su hija: un rincón sumido en la penumbra. Hubo una centella blanca. No, había sido el fuego de la chimenea. La estancia se alborotó. Danil, que se había despertado, se aferró al sarafán de su madre.

—¿Qué pasa?

—¡Callad a la niña!

—¡Os lo he dicho! —voceó Darinka triunfal—. ¡Os he dicho que el fantasma era real!

—¡Ya basta! —le espetó Olga.

Su voz sobrepasó a todas las demás. Los gritos y el parloteo se acabaron. La respiración llorosa de María resonaba en el silencio.

—Creo que es muy tarde —dijo Olga fríamente— y estamos todas cansadas. Será mejor que ayudéis a vuestra

ama a acostarse. —Eso se lo había dicho a las mujeres de Eudoxia, ya que la gran princesa era propensa a la histeria—. No es más que una pesadilla de niños —afirmó con seguridad.

—No —gruñó Eudoxia, que disfrutaba con la situación—. No, ¡es el fantasma! Pasemos miedo.

Olga le lanzó una mirada significativa a Varvara, su ayuda de cámara, la de melena clara y edad indeterminada.

—Encárgate de que la gran princesa de Moscú se acueste sin que le pase nada —le dijo Olga.

Varvara miraba el mismo el rincón ensombrecido que María, pero al oír las órdenes de la princesa, se volvió al instante, con brío y calma. Era la luz del fuego, pensó Olga, lo que había hecho que su expresión pareciese triste durante un instante.

Darinka no callaba:

—¡Era ella! —insistía—. ¿Mentiría una niña? ¡El fantasma de la chica! Un demonio en persona...

—Y asegúrate de que le den un tónico a Darinka y llamen al sacerdote —le indicó Olga.

Sacaron a Darinka de la habitación mientras lloriqueaba. A Eudoxia se la llevaron con más cuidado y el alboroto se terminó.

Olga se acercó de nuevo al horno, donde estaban sus hijos con la cara pálida.

—¿Es verdad, mátushka? —le preguntó Danil a su madre, y se sorbió los mocos—. ¿Hay un fantasma?

María no dijo nada mientras se aferraba las manos. Aún tenía lágrimas en los ojos.

—No importa —contestó Olga con calma—. Tranquilos, hijos míos, no tengáis miedo. Dios nos protege. Venga, ya es hora de acostarse.

DOS

DOS HOMBRES SANTOS

Durante la noche, María despertó dos veces a su aya con sus gritos. La segunda vez, el aya cometió el error de darle una bofetada y la niña saltó de la cama, voló como un halcón por las estancias del terem de su madre y entró en su dormitorio como una exhalación antes de que el aya pudiera impedirselo. Trepó por encima de las ayudas de cámara que dormían con su madre y se acurrucó temblorosa junto a ella.

Olga aún no había dormido. Había oído los pasos de su hija y notó cómo temblaba cuando se acercó. Varvara, vigilante, miró a Olga a los ojos en la penumbra y sin decir nada fue a la puerta a decirle a su aya que se marchase. El ruido de la respiración estertórea de la mujer indignada se alejó por el pasillo, y Olga suspiró y le acarició el pelo a María hasta que esta se calmó.

—Cuéntame, Masha —le dijo cuando a la niña le pesaban los párpados.

—He soñado con una mujer —le explicó María a su madre en voz muy baja—. Tenía un caballo gris. Estaba muy triste. Venía a Moscú y ya no se marchaba nunca. Intentaba decirme algo, pero yo no le hacía caso. ¡Me daba miedo! —María se echó a llorar de nuevo—. Entonces me

he despertado y estaba ahí, igual que en el sueño. Solo que ahora es un fantasma...

—No es más que un sueño —murmuró Olga—. Un sueño.

Unas voces en el patio las despertaron justo antes del alba.

En ese instante pesado entre el sueño y la vigilia, Olga trató de recuperar un sueño que había tenido: agujas de pino al viento, ella descalza sobre la tierra, riéndose con sus hermanos. Sin embargo, el ruido aumentó, y María se despertó con una sacudida. Y en un abrir y cerrar de ojos, la doncella rural que había sido Olga volvió a quedar en el olvido.

Olga apartó la ropa de cama. María se sentó de golpe. Olga se alegró de ver que la niña tenía las mejillas un poco sonrosadas y que los terrores de la noche habían desaparecido con la luz del día. Entre las voces que llegaban desde el patio había una que reconoció.

—¡Sasha! —susurró Olga casi sin creérselo—. ¡Arriba! —les gritó a sus mujeres—. Tenemos un huésped en el patio. Preparad vino caliente y calentad el baño.

Varvara entró en la habitación con nieve en el pelo. Se había levantado cuando aún era de noche y había ido a por leña y agua.

—Ha regresado vuestro hermano —anunció sin ceremonias.

Tenía la cara pálida y cansada; Olga pensó que no se había vuelto a dormir después de que María las despertase con sus pesadillas.

En cambio, Olga se sentía al menos diez años más joven.

—Sabía que ninguna tormenta lo mataría —dijo, y se levantó—. Es un hombre de Dios.

Varvara no contestó; se agachó y preparó el fuego en la chimenea.

—Deja eso —le dijo Olga—. Ve a las cocinas y ocúpate de que los hornos estén bien vivos. Que haya comida lista. Tendrá hambre.

Las sirvientas de Olga se apresuraron a vestirla a ella y a sus hijos, pero antes de que estuviera preparada del todo o se hubiera tomado el vino, antes de que Danil y María se hubieran comido las gachas de avena cubiertas de miel, se oyeron pasos en la escalera.

María se puso en pie de un salto. Olga frunció el ceño: la niña demostraba una dicha exagerada que se contradecía con su palidez. Quizá no hubiera olvidado la noche tanto como parecía.

—¡El tío Sasha ha vuelto! —gritó María—. ¡Tío Sasha!

—Hacedlo pasar —ordenó Olga—. Masha...

Al cabo de un instante, una figura oscura apareció en la puerta con la cara oculta bajo la capucha.

—¡Tío Sasha! —volvió a gritar María.

—No, Masha, ¡no debes dirigirte así a un hombre santo! —le advirtió a voces su aya.

Sin embargo, María ya había derribado tres taburetes y una copa de vino y corría hacia su tío.

—Dios sea contigo —dijo una voz cálida y seca—. No te acerques, niña, estoy cubierto de nieve.

Al quitarse la capa y la capucha, esparció nieve por todas partes; después hizo la señal de la cruz sobre la cabeza de María y la abrazó.

—Dios sea contigo, hermano —dijo Olga desde el horno.

Hablaba con voz calmada, pero la luz de su rostro le quitaba muchos inviernos. No pudo evitar añadir:

—Me tenías asustada, desdichado.

—Dios sea contigo, hermana —repuso el monje—. No temas. Voy adonde me manda el Padre. —Hablaba muy serio, pero enseguida sonrió—. Me alegro de verte, Olya.

Llevaba una capa de piel encima del hábito de monje y al quitarse la capucha dejó ver su pelo negro, la tonsura y una barba negra que tintineaba con el peso de los carámbanos. A su propio padre le habría costado reconocerlo: el chico orgulloso había crecido y era tranquilo, de hombros anchos y paso ligero como el de un lobo. Sus ojos claros, heredados de su madre, eran lo único que no había cambiado desde el día que, diez años atrás, había partido a caballo desde Lesnaya Zemliá.

Las mujeres de Olga observaban con disimulo. Nadie más que los monjes, los sacerdotes, los maridos, los esclavos y los hijos tenía permiso para pisar los terem de Moscú. Los primeros tendían a ser viejos; no acostumbraban a ser altos y de ojos grises ni a traer el olor de tierras lejanas en la piel.

Una de las sirvientas, desgarrada y dada al romanticismo, fue lo suficientemente incauta como para decirle a su vecina:

—Es el hermano Aleksandr Peresvet, Aleksandr el Iluminador. Ya sabes, el que...

Varvara le propinó una bofetada a la chica, que se mordió la lengua. Olga contempló a su público y dijo:

—Vamos a la capilla, Sasha. Daremos las gracias por tu regreso.

—Dentro de un momento, Olya —respondió Sasha, e hizo una pausa—. Traigo conmigo a un viajero que encontré en el bosque y está muy enfermo. Lo he dejado tumbado en el salón de costura.

Olga frunció el ceño.

—¿A un viajero? ¿Aquí? Bueno, vamos a verlo. No, Masha. Tú acábate las gachas antes de ponerte a dar vueltas por ahí como un bicho dentro de una botella.

El hombre yacía en una alfombra de pelo y a su alrededor había restos de nieve derretida.

—¿Quién es, hermano?

Olga no podía arrodillarse de lo grande que tenía el vientre, pero se dio unos golpecitos en los dientes con el dedo índice y evaluó a ese pobre ejemplo de humanidad.

—Es un sacerdote —contestó Sasha mientras se sacudía el agua de la barba—. No sé cómo se llama. Lo encontré caminando sin rumbo por la carretera, enfermo y delirando, a dos días de Moscú. Encendí una fogata, lo calenté un poco y me lo traje conmigo. Ayer tuve que construir un refugio de nieve cuando llegó la tormenta. Hoy me habría quedado allí, pero se ha puesto peor y pensaba

que se me moriría en los brazos. He creído que merecía la pena hacer el viaje para que él no tuviera que soportar el mal tiempo.

Sasha se agachó con destreza sobre el enfermo y le apartó la ropa de la cara. Los ojos del sacerdote, de un azul intenso y sorprendente, quedaron fijos con aire ausente en las vigas. Le sobresalían los huesos de la piel y las mejillas le quemaban de la fiebre.

—¿Puedes hacer algo por él, Olia? —le preguntó el monje—. En el monasterio no le darán más que una celda y un poco de pan.

—Aquí tendrá más que eso —repuso Olga, y se volvió enseguida a dar una serie de órdenes—. Pero su vida está en manos de Dios y no puedo prometer que vaya a salvarlo. Está muy enfermo. Los hombres lo llevarán a los baños —dijo, y estudió a su hermano—. Tú también deberías ir.

—¿Te parece que estoy tan helado como él? —preguntó el monje.

En efecto, con la nieve y el hielo de la barba derretidos, la imagen de las mejillas y las sienes hundidas era alarmante. Se sacudió los últimos restos de nieve del pelo.

—Todavía no, Olia —continuó, y se puso en pie—. Recemos y comamos algo caliente. Después debo ir a ver al gran príncipe. Se enfadará cuando sepa que no he acudido a él primero.

El camino entre la capilla y el palacio estaba solado y techado para que Olga y sus mujeres pudieran asistir a la